

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

Cuba, Fidel y el pensamiento revolucionario actual*

Entre 1953 y 1958, Fidel encabezó un movimiento de rebeldía dirigido contra todo el sistema de dominación que existía en Cuba, aunque su fin inmediato era derrocar a la dictadura. El pensamiento expresado en «La historia me absolverá» y los ideales y la estrategia del Movimiento 26 de Julio fueron la opción de liberación para la sociedad cubana en esos años. Hoy se celebra su grandeza, pero es bueno recordar que tuvo que ser creativo, ir contra todo lo que se consideraba posible en la política cubana, e incluso contra el sentido común. Fidel y sus compañeros también tuvieron que enfrentarse a lo que el Che llamó «dogmas revolucionarios», en su Diario de Bolivia, el 26 de julio de 1967. La victoria de 1959 fue convertida en liberación nacional y social por la unión de una vanguardia que supo utilizar el poder revolucionario y un pueblo que multiplicó una y otra vez su actividad y su conciencia, y se volvió capaz de transformarse a sí mismo y a la sociedad.

La Revolución Cubana provocó un avance extraordinario del pensamiento de izquierda, porque lo puso ante la opción de luchar por los ideales de cambio total de la vida y no sólo por reformas, de confiar en las capacidades del pueblo, y no en sectores de las clases dominantes. Probó su razón mediante sus prácticas, pero también expuso nuevas ideas, y recuperó otras de la mejor tradición revolucionaria. Fidel y el Che pusieron el socialismo y el marxismo en español desde la América Latina, y lo hicieron antimperalista e internacionalista; asumieron la profunda propuesta revolucionaria de José Martí, crítica a la vez del colonialismo y de la modernidad; e hicieron natural que los problemas sociales principales fueran problemas fundamentales para el pensamiento.

* Leído en el Coloquio *Memoria y futuro: Cuba y Fidel*, convocado por la Fundación Guayasamín en el Palacio de Convenciones, los días 29 y 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2006.

Medio siglo después del Granma, la situación latinoamericana y mundial es muy diferente, pero algunas cuestiones esenciales siguen en pie. El imperialismo está más centralizado que nunca, en lo económico, lo militar y lo cultural. Su gran capital es hoy un monstruo especulativo que vive del tributo y la ventaja, ha abolido su propia competencia, y es tan antihumano que le resultan sobrantes gran parte de los trabajadores y de la población del mundo. Creció y vivió del crimen colosal del colonialismo, maduró a través del neocolonialismo, pero hoy está tratando de liquidar ese producto suyo en una empresa criminal de recolonización a escala mundial. Ya su dominación no admite más la soberanía de las naciones ni la autodeterminación de los pueblos, suprime hasta la idea de desarrollo del que llamaron Tercer Mundo y descarta su propia idea de progreso. En pleno siglo XXI, vuelve a cometer genocidio contra pueblos y ocupar países, para controlar recursos naturales y poder mundial.

Al capitalismo le costó siglo y medio llevar a la práctica el sistema político democrático, y lo ha desgastado en sólo medio siglo. Reina de manera totalitaria sobre la información, la opinión pública y una parte del gusto de las personas, en busca de prevenir las rebeldías, lograr el consenso de todos, incluso de los excluidos, homogeneizar las ideas y los sentimientos, igualar los sueños. Puestos bajo su dominio, los logros inmensos de las ciencias y las técnicas, el potencial incomparable de bienestar y riqueza para todos que ya existe, no están al servicio de la humanidad, sino de la ganancia. Y el planeta mismo en que vivimos peligra, porque la idea errónea de conquista de la naturaleza por el ser humano ha dado paso hoy a una depredación del medio en que vivimos. Más allá del horror escandaloso de las pandemias, el hambre, simple y vulgar, es el mal más universal, y la acusación más descarnada al egoísmo, el afán de lucro y el poder que anhela ser imperial.

El pensamiento de izquierda ha sufrido una crisis prolongada, al menos por tres hechos: como advertía Fidel en la ONU en 1979, la gran mayoría de los países subdesarrollados no pudo hacer congruente su independencia y sus expectativas con el desarrollo de sus

potencialidades y el bienestar de sus pueblos; el nuevo dominio del gran capital expoliador sobre la América Latina se consumó, quebrantando el alto nivel de cultura política y social de este Continente mediante las represiones y el genocidio; y el final bochornoso del llamado socialismo real desprestigió la idea de socialismo, liquidó la bipolaridad, esparció el derrotismo y envalentonó al imperialismo.

Pero la capacidad de resistencia y la cultura de rebeldía social y política acumulada por cientos de millones de personas durante el siglo XX están dando frutos en el siglo que comienza. Desde una gran diversidad de identidades, ideas y demandas, movidos por la necesidad y la conciencia, los movimientos populares actuales van encontrando un denominador común: el antimperialismo. En nuestra América se extiende una ofensiva de los pueblos, que apelan a sus propias formas de movilización y organización, y también al espacio electoral que les abrió la etapa de democracias espurias con miseria generalizada, para adquirir poder sobre su entorno o encomendar sus países a mejores mandatarios. En Venezuela, el poder popular de la Revolución Bolivariana ha dado un vuelco a la correlación de fuerzas. Sin abolir las reglas de juego del sistema, conducida por el genio de Hugo Chávez, redistribuye la gran riqueza nacional y saca al pueblo de la indigencia, lo apodera de su dignidad y su soberanía y lanza al mundo una propuesta nueva. Evo Morales y el pueblo boliviano están construyendo otro poder popular, rescatando sus recursos naturales y sobre todo sus seres humanos, que comienzan a crear su propio futuro. El ALBA significa, al fin, una alternativa viable de integración regional, porque la respaldan voluntades políticas soberanas y que ponen las economías al servicio de los pueblos.

Se abre con la ofensiva de los pueblos una nueva etapa latinoamericana. El optimismo y la esperanza que avanzan hoy están enterrando la inercia y la derrota, y multiplicando la fuerza y el potencial de cambio a favor de la gente y de la creación de sociedades nuevas. El pensamiento opuesto a la dominación —que tiene una riqueza y una acumulación realmente notables— no alcanza, sin embargo, todavía a proveer plantea-

mientos, preguntas y proyectos capaces de satisfacer las exigencias de radicalidad, pertinencia y originalidad que hace la nueva coyuntura.

Cuba desempeñó un papel extraordinario durante los años más oscuros, porque sobrevivió a la más dura crisis sin renunciar al socialismo, sin entregar sus asombrosas conquistas sociales, ni su soberanía frente a la agresión sistemática del imperialismo norteamericano, con una política totalmente opuesta a las recetas neoliberales y a la formación de grupos privilegiados protoburgueses, con sólidas políticas de combate a las desigualdades en el modo de vida y en las oportunidades. Siguió siendo, como dijo Fidel en 1987, «una especie de venganza moral para los oprimidos en este mundo». Pero no se limitó a serlo. Cuba mantuvo en alto con su actuación las banderas de la solidaridad internacionalista, defendió todas las causas justas y denunció a los imperialistas en todos los foros.

Fidel ha sido el protagonista de todas esas batallas. Siempre con la estrategia victoriosa de mantener una absoluta comunión con el pueblo, condujo al país con firmeza de principios y tácticas muy sagaces durante la crisis, la recuperación y la reinserción internacional de estos quince años, mantuvo y desarrolló el internacionalismo cubano, y puso su fama y su prestigio al servicio de la defensa y la divulgación de las ideas más avanzadas en cuanto a los derechos de los pueblos a la vida digna, el bienestar y la soberanía y a la sobrevivencia del planeta en que vivimos, y al servicio del antimperialismo más radical, enfrentado decididamente a los que intentan ser los amos del mundo. Siguió fiel, en síntesis, a su afirmación de 1970: «No queremos construir un paraíso en la falda de un volcán».

No cabe desarrollar aquí cómo Fidel ha analizado con hondura y expuesto los problemas fundamentales del mundo actual, sus dilemas tremendos y sus perspectivas. Agregó al menos que ha sido maestro de la relación entre la ética y la política, ha asegurado la fe en las ideas

y las convicciones revolucionarias, ha sido la voz de los sin voz y ha demostrado que es posible andar los caminos de la liberación. Llevar la salud a los que el sistema sumió en la indefensión, de Guatemala a Paquistán, constituye también un llamado revolucionario a las ideas. No sólo se salvan vidas y se devuelve la visión. Millones aprenden que está a nuestro alcance ver y vivir, si se actúa en un plano de hermandad, a no ser objeto de limosnas, sino sujetos de unas prácticas que hacen crecer a los humildes, y les demuestran que se puede comenzar a cambiar, y asumir metas más ambiciosas para sus vidas y sus sociedades. Están creando las capacidades, las fuerzas y las motivaciones que pueden llevarlos a la construcción de poderes populares. El problema teórico crucial del poder popular se hace más tangible si lo convertimos en un problema de pensamiento para millones. Lo mismo ocurrirá con las estrategias de modificación de la vida a favor de las mayorías, con la asunción de las diversidades como la riqueza social que son, con los problemas del desarrollo de movimientos populares, de nuevas formas de hacer política y organizaciones políticas al servicio de la liberación, de la integración latinoamericana.

Casi medio siglo ha pasado desde aquel día –en medio de la mayor ofensiva de la tiranía contra la Sierra Maestra– en que Fidel le escribía a Celia que luchar contra el imperialismo sería su destino verdadero. Seguramente no sabía entonces que iba a cumplir con creces ese compromiso, que crearía con su pueblo una experiencia formidable de liberación latinoamericana y un baluarte de la revolución mundial, y que haría una contribución extraordinaria a las ideas revolucionarias. La forma más válida de rendirle homenaje por todas esas tareas suyas es fortalecer y profundizar la experiencia y el baluarte socialista, la lucha antimperialista, y volvernos capaces de identificar y plantear bien los problemas actuales y del proyecto, es decir, desarrollar el pensamiento revolucionario. **C**

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Una historia que es de Cuba y México*

Expresó una vez José Martí que, si era necesario que los jóvenes de la América nuestra leyeran y apreciaran a los clásicos inmortales latinos y griegos, convenía que igualmente se acercaran a los también textos clásicos que nos dejaron los indígenas de nuestro propio Continente. Pensaba él probablemente en los textos redescubiertos ya en su tiempo como el *Popol Vuh*, el libro del Consejo de los quichés de Guatemala; en alguno de los escritos portadores de la sabiduría de los Chilam Balam de los mayas yucatecos o en los cantos indígenas en náhuatl del centro de México que se conocían en traducción castellana.

Por mi parte, puedo decir que he dedicado la mayor parte de mi vida a proseguir en la tarea de rescatar y estudiar textos, obra de indígenas, que son expresión de gran belleza y honda sabiduría. Y a la vez he luchado por lograr que los descendientes de esos pueblos vean reivindicados sus derechos, en particular los que implican su autonomía.

Quiero pensar que, a falta de otros méritos, por esta dedicación los colegas cubanos de esta Alma Máter, que es la Universidad de La Habana, han acordado concederme este doctorado Honoris Causa. Y considero que este honor se extiende igualmente a los indígenas, antiguos y contemporáneos nuestros, a quienes debemos innumerables creaciones de cultura. Así, antes que otra cosa, expreso mi gratitud y grande reconocimiento. Muchas gracias o como decimos en náhuatl *tlazocamati*, vocablo que expresa el deseo de que la boca de quien habla pueda pronunciar bellas palabras.

Manifestaré ya que mi reconocimiento me mueve a evocar algunos acontecimientos en la historia de Cuba y México en los que nuestras tierras

* Palabras de agradecimiento leídas el 31 de octubre de 2006, en el Aula Magna, al recibir el grado de Doctor Honoris Causa en ciencias históricas, otorgado por la Universidad de La Habana, Cuba.

han estado conjuntamente involucradas. Es decir, apuntaré a varios momentos cruciales en los que se entrelazan los hilos de una historia que es a la vez cubana y mexicana. Esos acontecimientos se sitúan en cuatro marcos temporales: el primero, casi un interrogante, es el prehispánico y se refiere a las probables relaciones culturales entre mayas y taíno-arahuaos. El segundo da entrada al período colonial a partir de la conquista española de Cuba y México. El tercero se sitúa en el siglo XIX y parte del XX, tiempo tormentoso de luchas libertarias, anhelos, frustraciones y esperanzas. El cuarto nos acerca ya al presente nuestro en que Cuba y México, más allá de diferencias, han hecho camino juntos en fraternal acercamiento. Comencemos ya el recorrido, aun cuando por los límites de tiempo, lo tengamos que realizar, como dicen, a saltos de mata.

¿Hubo algunas formas de contacto y relación entre los pueblos de Mesoamérica y los de las islas del Caribe, en particular los de Cuba? Es esta una pregunta cuya respuesta se antoja afirmativa pero que hasta hoy no ha podido darse con certeza. Consta que en Cuba se han descubierto objetos arqueológicos que tienen un origen mesoamericano. Se conservan en acervos como el Mueso Indocubano Baní, en Holguín, y el Gabinete de Arqueología, en La Habana.

Mencionaré algunos de ellos: una pequeña escultura en piedra de un dios sedente que recuerda los atributos de Huehuetéotl, el dios viejo omnipresente en Mesoamérica. Aludiré también a otra escultura en alabastro, material frecuentemente trabajado por los mayas, que ostenta la forma de un hermoso pelícano y cuyo estilo guarda semejanzas con producciones mesoamericanas. Creación escultórica es asimismo la de un yugo en piedra, semejante a los hechos por los totonacos, habitantes de las costas del Golfo de México.

Reconociendo que son muy limitadas estas evidencias, cabe notar, en cambio, la proximidad geográfica de la península de Yucatán respecto de Cuba, separadas tan sólo por un canal. Consta, por una parte, que los mayas disponían de embarcaciones en las que podían viajar varias personas, como ocurría con grupos de mercaderes que navegaban a lo largo de las costas desde Honduras hasta la laguna de Términos en Campeche. Y

sabemos también que los habitantes de Cuba y otras islas del Caribe construían canoas, palabra esta de origen taíno-arahuaico, la primera de origen amerindio que se incorporó al castellano. Esas canoas permitían emprender travesías en el mar de Las Antillas. Todo esto induce a aceptar la verosimilitud de los intercambios culturales.

Concluiré esta reflexión acerca del primer contexto temporal de las relaciones entre Cuba y México, con una propuesta específica. Será de gran interés el intercambio de arqueólogos cubanos que exploren en tierras mexicanas y de algunos de México que trabajen con sus colegas en Cuba. Si esto se logra, el doctorado que hoy se me concede estará produciendo apreciables frutos.

Del período colonial es mucho lo que podría decirse en materia de acercamientos cubano-mexicanos. Participantes decisivos en la conquista y entrada en Cuba fueron, entre otros, Diego Velázquez y fray Bartolomé de las Casas. El primero de estos fue más tarde quien propició la aventura de Hernán Cortés en México; el segundo nos unió para siempre en su lucha en defensa de los derechos humanos de los indios de la América nuestra. Sus experiencias en Cuba y en Santo Domingo fueron para él lección que resultó a la postre en beneficio de los indígenas de México y de otros lugares del Continente. Al ver que en las islas los indios se extinguían por las cargas y abusos que recaían sobre ellos, sus denuncias de palabra y por escrito obligaron a las autoridades de la Corona a dictar leyes que, en parte al menos, protegieran a los indios de los dominios españoles en América, por supuesto, incluidos los mexicanos.

Durante el período colonial y aun algún tiempo después La Habana, Veracruz y Cádiz fueron tres puertos clave en el ir y venir de cuantos marchaban o salían de Las Indias. La mayor parte de cuantos iban o procedían de España tocaban tierra en La Habana. Ello explica que muchas familias mexicanas estuvieran emparentadas con otras de Cuba. En lo personal puedo decir que la familia Portilla, de la que soy miembro, y que por largo tiempo se estableció en Jalapa, tuvo y tiene parientes en Cuba.

Otra forma de permanente relación se derivó de lo que se llamó «el situado». Era una suma de dinero que el Virreinato de México anualmente enviaba y situaba en Cuba y otras posesiones españolas para contribuir a sus gastos administrativos. Y si México hizo así entrega de considerables recursos económicos a Cuba, esta proporcionó a México, entre otras muchas cosas, dos gobernantes que de verdad contribuyeron a su prosperidad. Uno fue Juan Francisco Güemes y Horcasitas quien, después de ser gobernador de Cuba, pasó a México como virrey hacia mediados del siglo XVIII. El otro fue un hijo suyo, nacido y criado en La Habana, Juan Vicente de Güemes y Pacheco, segundo conde de Revillagigedo, que también fue virrey en la Nueva España.

Notaré acerca de él que tan justo y acertado fue su gobierno que ya México independiente, que por mucho tiempo se rehusó a honrar la memoria de españoles, dio su nombre a una calle que hasta hoy lo ostenta, la de Revillagigedo, en el centro histórico de la capital. Bien lo merece el gobernante honrado que se esforzó por mejorar la sanidad, educación, industria y comunicaciones en México. A él y a su sucesor, Antonio María de Bucareli, se debieron, entre otras muchas cosas, la apertura del departamento marítimo de San Blas en Nayarit frente al Océano Pacífico. De él zarparon numerosas expediciones que recorrieron los litorales del noroeste de América hasta llegar a Alaska. Gracias a esto, México alcanzó su máxima extensión geográfica que abarcó territorios que en la injusta guerra promovida en 1847 por los Estados Unidos le fueron arrebatados en uno de los actos de rapiña más grandes de la historia universal.

Mucho más podría añadir sobre las relaciones entre Cuba y México durante la época colonial pero los límites de tiempo me lo impiden. Paso, por consiguiente, a los acontecimientos que nos vincularon durante el siglo XIX.

Fue entonces cuando Cuba y México emprendieron sus respectivas luchas para alcanzar su independencia. En Cuba encontraron refugio independentistas mexicanos como algunos años después también ocurrió con no pocos cubanos en México. Consumada la independencia mexicana, buen número de mexicanos, en contacto con cubanos, propiciaron sus movimientos libertarios.

En Cuba estuvieron más tarde otros mexicanos, uno de ellos nada menos que Benito Juárez. Y también vivieron en México numerosos cubanos distinguidos. Uno, Pedro Santacilia, llegó y se convirtió en yerno y secretario del mismo Juárez. Se conserva y ha sido publicada la copiosa correspondencia que intercambiaron en momentos álgidos de la intervención francesa en México. En esas cartas Juárez se dirige a su yerno llamándolo en forma cariñosa «Santa». Este responde a Juárez empleando la palabra «padre». Ciertamente Pedro Santacilia jugó un importante papel en la lucha contra el intervencionismo europeo en México.

Otros ilustres cubanos afincados por ese tiempo en México fueron José María Heredia, poeta de gran renombre que murió en Toluca; también el hombre de letras Alfredo Torroella y el lexicógrafo Félix Ramos y Duarte. Y, además de los numerosos activistas decididos a buscar apoyo para la independencia de Cuba, cabe recordar a quienes introdujeron la ópera en México. Y también agradecer a los que aportaron la música alegre de los danzones y las habaneras. Acerca del danzón añadiré que si tuvo comienzo en Matanzas, pronto arraigó en Veracruz y tanto que algunos llegaron a dudar si su origen era cubano o mexicano.

Debemos al historiador mexicano Rafael Rojas un libro titulado *Cuba mexicana*. En él reúne copiosa documentación que muestra lo que se intentaba en México en relación con la independencia de Cuba. Durante algún tiempo, México y Colombia promovieron la liberación de Cuba e incluso su eventual unión a México. En este país se gestaban por entonces varios movimientos como el de los independentistas cubanos y el de quienes lograron que México concediera patentes de corso a las embarcaciones que atacaran a buques españoles para minar su fuerza en Cuba.

Importa poner aquí de relieve las varias estancias de José Martí en México. Mantuvo estrecha relación con políticos y hombres de letras ya que él mismo cultivaba la poesía, el periodismo, la narrativa, el derecho y la historia. Uno de los escritores mexicanos con quien trabó amistad fue Manuel Gutiérrez Nájera, iniciador del modernismo en México, reconocido como uno de los grandes en la literatura, no sólo mexicana sino en toda la

escrita en español. En una ocasión en que Martí llegó a la casa de Gutiérrez Nájera, este se demoró una hora en volver. Ese tiempo lo aprovechó Martí para escribir un poema dedicado a Cecilia, la hija recién nacida de Gutiérrez Nájera que se encontraba en su cuna.

Y aquí pido perdón por hacer una referencia personal. Gutiérrez Nájera era primo hermano de mi abuela materna, de suerte que puedo afirmar con orgullo que Martí dedicó un poema a una parienta mía a quien conocí mucho después. Este es el poema:

*En la cuna sin par nació la airosa
Niña de honda mirada y paso leve
Que el padre le tejió de milagrosa
Música azul y clavellín de nieve.*

*Del sol voraz y de la cumbre andina
Con mirra nueva, el séquito de bardos
Vino a regar sobre la cuna fina
Olor de myosotis y luz de nardos.*

*A las pálidas alas del arpegio,
Preso del cinto a la trenzada cuna
Colgó liana sutil el bardo regio
De ópalo tenue y claridad de luna.*

*En las trémulas manos de la ansiosa
Madre feliz, para el collar primero
Virtió el bardo creador la pudorosa
Perla y el iris de su ideal joyero.*

*De su menudo y fúlgido palacio
Surgió la niña mística, cual sube,
Blanca y azul, por el solemne espacio,
Lleno el seno de lágrimas, la nube.*

*Verdes los ojos son de la hechicera
Niña, y en ellos tiembla la mirada
Cual onda virgen de la mar viajera
Presa al pasar en concha nacarada.*

*Fina y severa como el arte grave,
Alísea planta en la existencia apoya,*

*Y el canto tiene y la inquietud del ave
Y su mano es el hueco de una joya.*

*Niña: si el mundo infiel al bardo airoso
Las magias roba con que orló tu cuna,
Tú le ormarás de nuevo el milagroso
Verso de ópalo tenue y luz de luna.*

Hermoso es este poema que ha atesorado la familia y que enriquece el valioso conjunto de la producción literaria de José Martí.

Pocos años después de esa estancia de Martí en México, Cuba, tras el oscuro episodio del hundimiento del Maine, logró separarse de España en 1898. Muerto unos años antes José Martí, su patria alcanzó una independencia condicionada y precaria. Los Estados Unidos repitieron con España lo que medio siglo antes habían hecho con México, la despojaron de grandes posesiones territoriales, lo que le quedaba de su imperio, Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, Guam y otras islas en Oceanía. Por tres años Cuba permaneció bajo el dominio norteamericano hasta que cuatro años después, en 1902, obtuvo una independencia que no la liberó de la influencia hegemónica de los Estados Unidos. Como símbolo oprobioso de ello quedó la Base Naval de Guantánamo, acerca de la cual la opinión internacional continúa denunciando las graves violaciones de los derechos humanos de los presos allí confinados.

Y esto nos lleva ya al cuarto ámbito temporal en las relaciones cubano-mexicanas. En México, la Revolución de 1910 cambió radicalmente la vida del país. Generosa fue entonces la actuación de quien era embajador de Cuba en México, Manuel Márquez Sterling. Hizo él cuanto pudo por salvar las vidas de Francisco Madero y José María Pino Suárez; tras haber sido desposeídos de sus funciones de presidente y vicepresidente de la República, fueron asesinados. Como es bien sabido, el golpe en su contra se fraguó en la embajada de los Estados Unidos.

Y recordaré aquí que Pino Suárez, que además de político cultivó la literatura y el periodismo, al proclamarse la República en Cuba, había compuesto un poema que leyó en una celebración en Mérida de Yucatán. El

poema, titulado «Cuba libre», termina haciendo exaltación del triunfo:

*Por eso contra la honda y viva saña,
pusiste arrogante el noble pecho,
y al fin venciste a la grande España,
¡que era grande, más grande tu derecho!*

*¡Y por eso triunfaste, Cuba hermosa,
y tras lucha gigante y legendaria,
brilla al fin en el cielo esplendorosa
tu magnífica estrella solitaria.*

Una nueva forma de nacionalismo en México, manifiesta no sólo en sus instituciones sociopolíticas y económicas sino en su todo cultural, provocó un giro en sus relaciones con los Estados Unidos. México logró resistir intentos de intervención y además se debió al presidente Lázaro Cárdenas, que fue siempre gran amigo de Cuba, la expropiación del petróleo antes en manos de empresas extranjeras, varias de los Estados Unidos.

Cárdenas actuó entonces cual si, en su condición de presidente de México, estuviera escuchando las palabras que José Martí, a modo de cariñosa exhortación, había expresado:

¡Oh, México querido! Oh, México adorado, ve los peligros que te cercan! Oye el clamor de un hijo tuyo que no nació de ti. Por el norte un vecino avieso ya cuaja, pero tú te ordenarás, tú entenderás, tú te guiarás [...].

Cuba, entretanto, continuó sometida a la prepotencia norteamericana. La realidad cubana sólo comenzó su radical transformación en 1956. En ese año Fidel Castro, Ernesto Che Guevara y otros exiliados cubanos en México, pudieron preparar allí la expedición que culminó con su victoria sobre el corrupto régimen que imperaba en la Isla. La partida del Granma, con ochenta y dos esforzados, entre ellos el mexicano [Alfonso] Guillén Celaya, ocurrió desde el puerto de Tuxpan el 25 de noviembre de 1956. Esto marcó el inicio de cam-

bios radicales en Cuba. Este año se cumple medio siglo de la llegada del Granma a Cuba.


Consumada la victoria de la Revolución Cubana, las relaciones con México se desarrollaron, como ninguna otra, de manera ejemplar. Cuando, triunfante ya la Revolución, los Estados Unidos promovieron en la Conferencia de Punta del Este la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos, México fue el único país que, oponiéndose a ello, mantuvo relaciones con el gobierno y el pueblo cubanos. Y no sólo esto, sino que México hizo defensa de la soberanía y libre determinación de los cubanos en todos los foros del mundo.

Muestras de la fraternal relación dio Lázaro Cárdenas, primero en julio de 1959 cuando viajó a Cuba, donde el 26 de ese mismo mes, al lado de Fidel Castro y ante incontables cubanos, participó en la celebración del sexto aniversario del asalto al Cuartel Moncada. Y, dos años después, el 18 de abril de 1961, frente a los intentos de los Estados Unidos de promover una invasión a la Isla, se ofreció a acudir en su defensa en una gran concentración popular en la plaza principal de la capital del país. Recordaré aquí que en una ceremonia, celebrada en esta Universidad, con la presencia de doña Amalia Solórzano, esposa del general Cárdenas, Gonzalo Martínez Corbalá, quien había grabado las palabras pronunciadas por don Lázaro en esa ocasión, hizo posible que estas fueran aquí de nuevo escuchadas. Martínez Corbalá era entonces embajador de México en Cuba.

Tan sólo en los últimos años, cambios de gobierno en México con una ideología diferente, han afectado las relaciones con Cuba. Pero tales cambios, que están siendo reversibles, en modo alguno han alterado el fraterno acercamiento de comprensión y relación cultural que muchos mexicanos mantenemos con Cuba y su pueblo. En más de una ocasión, cuando los Estados Unidos han recrudecido su bloqueo y amenazas, muchos nos hemos pronunciado públicamente en rechazo abierto a cualquier intento de intervención. México las ha padecido varias veces y se opone radicalmente a ellas, como lo hizo también en los casos de Santo Domingo, Guatemala, Chile, Panamá y otros.

Terminaré ya esta evocación. Y lo haré valiéndome de una frecuente expresión de José Martí. Este, cuando

se refería a Cuba y a los países de la América nuestra, decía «nosotros», para abarcar así a todos los que somos pueblos hermanos. Aquí y ahora me valdré de este «nosotros» para externar un deseo, puesta la mirada en nuestro destino común: nosotros, en este

caso cubanos y mexicanos, manteniéndonos en nuestra relación y amistad de muchos siglos, nosotros debemos estrechar nuestras manos para seguir haciendo camino al andar: un camino de justicia, libertad y esperanza. 

FRIDA HARTZ (México): del ensayo *La pólvora maya*, 1988-1994

SERGIO MARELLI

Por los caminos de Javier Villafaña

I. El andariego

Todo empezó un día de otoño. Javier Villafaña estaba, junto a su amigo Juan Pedro Ramos, en el balcón de un departamento de la calle Azcuénaga, cuando vieron pasar un carro con dos hombres, uno llevaba las riendas, el otro iba recostado sobre una parva de heno, fumaba y mordía un pastito largo y amarillo. «Los dos nos hicimos la misma pregunta: ¿Ese hombre tiene conciencia de lo que es la felicidad?». Al poco tiempo ya estaban los dos amigos en su propia carreta –La Andariego–, sin otro plan que ser llevados allí donde el caballo quisiera, armados de poesía hasta los dientes, y la fuerte voluntad de hacer títeres por todos los caminos de la patria.

No estuvieron solos a la hora de hacer las escenografías, muñecos y vestuarios. Emilio Pettoruti, Berni, Soldi, Spilimbergo, Horacio Butler y otros, pusieron sus pinceles al servicio de la santa causa de la títeritería andante.

Con los primeros tanteos del alba, salía la carreta. En un primer tiempo, tirada por una yegua, Guincha, la cual trotaba como si llevara un puñado de plumas. Luego se sumó un matungo viejo y flaco. Un capricho de Goya. Los huesos, y encima la piel. Nada más. No podía tener otro nombre que Miserias.

La primera función fue en un terreno baldío en el barrio de Belgrano, en 1935.

El escenario se montaba en la parte trasera de la carreta. Unas lonas de colores y un telón rojo jugaban con el viento, sin otro adorno que una veleta de lata: El Gallo Pinto. La carreta se detenía en las esquinas, Javier abría el telón con las manos, sonaba música de un organito y se oía:

*El domingo por la tarde
justo a las catorce y treinta,
dará función en Belgrano
el teatro de La Andariega.*

*Yo, Maese Trotamundos,
personaje de melena,
en este romance pido
que nadie falte a la fiesta.*

*Vengan niños y muchachas,
vengan casadas discretas,
que las obras que verán
son obras con moraleja.*

*Y es función de despedida,
parte el lunes la carreta,
cuando el pregón de los gallos
descuelgue la última estrella.*

De noche, faroles de queroseno colgados de las ramas de los árboles ahuyentaban la oscuridad. Las palabras del titiritero hacían visible lo invisible: los hilos impalpables con que se trama la belleza, los mundos ocultos en este mundo, la magia de trapo y papel que inaugura cada títere.

De esa manera, fue llevando de pueblo en pueblo su teatro de títeres. Guiado por su silbido. Solía detenerse en las escuelas, armar en el patio el escenario, y hacer sus funciones. Después leía un cuento, una leyenda o un poema. Los niños pasaban a sus aulas y allí dibujaban y pintaban lo que acababan de oír de labios del titiritero. Muchos de esos dibujos ilustraron libros como *El gallo pinto*, *Libro de cuentos y leyendas*, *Los sueños del sapo* o *Los cuentos que me contaron*. El maestro aprendió muchas cosas en esa interacción con los niños:

He observado, con dolor, que en los lugares cuya población infantil está mal alimentada, los dibujos mantienen un nivel de calidad inferior al de las regiones donde no se da este desdichado factor. Es decir, un problema estrictamente social condiciona –no podía ser de otra manera– el aspecto concreto

y determinado que contemplo. Como es lógico, el niño no puede soñar, cantar, reír ni advertir la poesía de las cosas, cuando tiene necesidades imperiosas insatisfechas; cuando estas mismas necesidades son la constante preocupación de sus mayores y sólo oye hablar de ellas en su contorno.

De allí que, a la pregunta que tantas veces le hicieron: «¿Cuál era la región del país donde los niños dibujaban mejor?», siempre contestara: «El niño dibuja mejor, allí donde mejor come».

«Vivir rodeado del asombro de los niños, esa es la manera de no envejecer», pensaba. Para los niños es muy fácil dar con la imaginación los saltos más audaces, entregarse a los caminos de la fantasía como quien persigue un olor que es, a un mismo tiempo, una música y un país. «Es que la imaginación del niño es como el soplo de Dios, que puede transmitir un alma a un poco de barro».

Pero, ¿cuándo nació, en Javier Villafañe, el amor por los títeres? Fue en el barrio de La Boca, y junto a sus amigos Enrique Wernicke, José Luis Lanuza y Enrique Molina, que descubrió el espectáculo de los títeres de San Carlino, marionetas de madera que pesaban entre treinta y cuarenta kilos y eran manipuladas por una barra.

Representaban obras clásicas: *Ariosto*, de Torcuato Tasso, episodios de las aventuras de Orlando y Rinaldo, que podían durar un año entero y, casi siempre, era el mismo público el que los seguía: viejos italianos, nostálgicos marineros, obreros del puerto de La Boca y algunos curiosos como yo y como Raúl González Tuñón, que me había dedicado su libro *El violín del diablo* en plena calle y con quien desde entonces, además de frecuentar el teatro de San Carlino, nos hicimos muy amigos.

Raúl González Tuñón siempre estaba presente en los recuerdos de Javier:

Íbamos a un bar, en la cortada de las Carabelas, con Raúl y Enrique Molina. Tomábamos vino, conversábamos. Una vez yo iba en un colectivo, en el treinta

y nueve, y cuando va pasando cerca de Riobamba lo veo a Raúl y le grito, y él me llama: «Vení, bajá, vení, vení». Bajé y fuimos al bar Riobamba. «Tengo un poema para vos. Soñé que guardabas uno de tus títeres en una caja, y se quedaba muerto».

El poema era «El entierro del títere»:

*Con narices de trapo
coloradas de frío
y el corazón de estopa
saliéndoles del pecho
condujeron al títere
que en la carpa velaron
envuelto en blanca ropa
a su último lecho
del fondo del baldío
los títeres hermanos.
Detrás con su sombrero
de ceremonia oscuro,
la cara de cabrero
y la espalda encorvada
de inviernos y de apuros,
iba el Titiritero.
Allí quedó el fantoche
al fondo del baldío
entre salvajes rosas
y juguetes perdidos.
Lloverá por la noche
y al alba habrá un charquito
de agua junto a él,
bordeando la fosa.
Vendrá un niño y pondrá
su barco de papel.
Rosas: ¡Lloren por él!*

Pero no le gustaba pasearse por la memoria, como quien camina por un jardín petrificado de recuerdos. La memoria era otro de sus juegos, de sus invenciones:

La memoria es un trompo, una confusión. Se enreda en sí misma. Es mejor confiar en la imaginación. Dejemos el oficio de acumular datos a las computa-

doras. Lo hacen maravillosamente bien porque no tienen alma. ¿Tendré alma? Los títeres son dueños de mi alma.

II. Maese Trotamundos

Este hombre con las manos llenas de títeres, de versos, de fábulas para niños, y que llevaba en los ojos la llama siempre azul del asombro, recordaba con especial orgullo una fecha: 26 de junio de 1933. Día del nacimiento de Maese Trotamundos. Escribió Eduardo Galeano:

Javier viaja acompañado por sus hijos, que tienen carne de papel y engrudo. El más hijo de sus hijos es Maese Trotamundos, narigón tristón, de capa negra y corbata voladora: mientras dura la función prolonga la mano de Javier y después duerme y sueña a sus pies, dentro de una caja de zapatos.

Maese Trotamundos nació pálido, delgado, con una cabellera larga, un sombrero aludo, una camisa de hilo –pañuelo del titiritero–, y una sonrisa fría, hacia abajo. La alta sonoridad de su voz de presentador, siempre entrañaba un dejo de tristeza, como quien padece la fiebre dulzona de nostalgias lejanas. «Las personas que andan mucho tiempo juntas terminan por parecerse. Fijáte esas parejas de muchos años, o las personas que tienen mascota. Con mucha alegría yo digo que me parezco a Trotamundos».

Maese Trotamundos siempre le reprochaba a Javier no haber viajado de verdad. El viaje sin atrás, sin volver, sin pensar en unas paredes, en alguien que nos está esperando. Irse como se va el vagabundo que lo único que tiene es el silbido que lo lleva y lo acompaña. Viajar con el pulso en delirio, con el hambre de la primera hormiga. El títere lo acusaba de querer llegar al cielo y quedarse en la primera nube que pasa, el titiritero lo miraba con ojos tristes –guardianes de lejanías– y se defendía diciendo que era un hombre con alas, sí, pero también con raíces.

Los títeres de Javier están vivos. Mueven los labios y gritan, abren los ojos y miran, cierran los ojos y

lloran, aman y les golpea el corazón en el pecho. Tienen vida propia. No hablan con la voz prestada del titiritero, sino con su propia voz. No son mero trapo sin latido. Son capaces de aullar, como quien huele la muerte; o en el templo de sus cuerpitos, sentir la campana de un corazón.

A veces los espío adentro de la maleta. Cada títere no puede dejar de ser el personaje que es, no como pasa con los actores de carne y hueso. Siempre trato de agarrar a María y Juan, que son dos títeres enamorados, haciendo el amor, y aunque todavía no los pesqué, estoy seguro de que lo hacen.

III. Don Juan el Zorro

En *Don Juan el Zorro. Vida y meditación de un pícaro*, libro editado en 1963, con ilustraciones de Lucrecia Chaves –por entonces, su mujer–, el personaje principal, en el capítulo III, divaga acerca de distintas formas de sobrevivir sin necesidad de trabajar. Dedicarse a la política es una de las alternativas que baraja.

¿Y si me hago presidente de la selva? Me subo a una piedra y lanzo discursos ofreciendo hasta mi rabo. Condecoro al mono y al loro para que después, con gran ceremonia, me condecoren el loro y el mono. Tendré servidores con servidumbre, bien pagados: ministros y embajadores que harán mi apología; me inventarán virtudes sabiendo que, cuanto más alto las pregonen, comerán mejor. Tendré rimadores a sueldo para que canten loas; pintores que pintarán mi rostro, sonriendo siempre, en los troncos de todos los árboles. Tendré también, para demostrar mis fuerzas, millares de carneros y de ovejas; les colgaré galones y medallitas en el pecho y los haré desfilan con mucho ruido de tambores y clarines. Y viviré de banquete en banquete hasta reventar. Pero no; prefiero seguir siendo don Juan el Zorro, salteador de gallineros.

En el capítulo VI, bajo un cielo de vellones grises, en una siesta de verano, húmeda y caliente, don Juan el Zorro medita un plan:

¿Por qué no me hago dueño y señor de todas estas tierras con sus ríos, sus montañas, sus arroyos, sus cuevas y sus árboles? [se pregunta]. Me haré Presidente, entonces. ¡Afilate, lengua, que tendrás que discursar largo! Decir palabras que suenen y convenzan; por ejemplo: «Injusticia», «Pueblo», «Democracia», «Hambre», «Igualdad». «Igualdad», no. Puede ser peligroso decir: «Igualdad». Algunos se asustarían [...] Me trazaré un plan [agregó]. Lo primero será señalar los límites del país. Norte, sur, este y oeste. Al norte, las montañas; al sur, el arroyo grande; al este, el río, y al oeste, esos arenales donde no crece un yuyo ni para remedio. Ya tengo al país. Todo lo que está detrás de los límites serán los enemigos. Y para defendernos de los enemigos, para defender lo nuestro, el país, la República que gobernará don Juan el Zorro, tendré un ejército con generales, coroneles, capitanes y soldados. ¿A quién hago general? ¿Al Armadillo, al Puercoespín, al Mulo? Es más imponente la figura del mulo. Y va a ser feliz cuando se vea con unos cordones dorados en el cuello, un par de medallas en el pecho, una espada colgando de la panza y los vasos lustrados. ¡Flor de general para un desfile! Ya tengo al general. Los coroneles y los capitanes, mulos más jóvenes. Ya irán envejeciendo y ascendiendo. ¿Y los soldados? De todo, un poco [...]. Además necesito [seguía pensando El Zorro] ministros, senadores y diputados para que mi país sea una verdadera república democrática. ¿Quiénes pueden ser ministros, senadores y diputados? El Tigre, el Gato Onza, el Mono, el Loro. Al Loro lo dejo para Diputado. El Loro es puro lero-lero y aprenderá a decir y a repetir de memoria lo que yo quiero que diga.

Para no ser presidente de un país de descreídos y herejes, don Juan el Zorro medita acerca del animal más adecuado para ejercer tan alto ministerio:

El pueblo necesita tener fe; creer en un Cielo y un Infierno, en un Dios y en un Diablo, en el Bien y en el Mal. El malo, al fuego, y el bueno, al Cielo. ¿Y quién manejará la balanza? ¿Quién dará pasaportes

para el otro mundo? Ya está. El Cuervo. Tan de negro, con esa pinta impresionante y oliendo a carroña, será el más indicado para este ministerio de las almas; el que dirá: Usted para aquí, al Cielo; usted para allá, al Infierno.

Don Juan el Zorro, por supuesto, es enviado al Infierno. Le pregunta al Diablo cuáles son los martirios que se aplican en el lugar. Al Diablo se le encienden los ojos y empieza a detallar: «Los baños de aceite hirviendo, de azufre, de plomo derretido. Los pinchazos de los tridentes enrojados al fuego». «Y, ¿qué más?», le pregunta El Zorro. «¿Te parece poco?», se asombra el Diablo. El Zorro lo mira con asombro y le explica:

Hay inventos que le vendrían como anillo al dedo. Por ejemplo: la picana eléctrica. Es un instrumento pequeño y sencillo. Se puede llevar colgada del pecho como si fuera un rosario. Y es fácil manejarla. Se aprende en cualquier comisaría. Y no tiene por qué andar con el aceite, el azufre o el fuego. Es más limpio. ¿Me comprende? No se ensucian las manos.

Por supuesto que esa radiografía despiadada de la Argentina de esos años no podía ser vista con beneplácito por las entonces crónicas dictaduras militares. Así se lo hicieron saber los esbirros del general Onganía, quienes ordenaron sacar el libro de circulación y obligaron a Javier a marchar al exilio. Se instaló en Venezuela, en 1967, donde organizó el Teatro de Títeres de la Universidad de Los Andes. Allí enseñó que el alma y la sangre del titiritero tienen que confundirse con el títere para que no haya falsedad.

IV. Por el camino de don Quijote

Siguiendo los caminos de El Caballero de la Triste Figura que, al decir de Miguel de Unamuno, «se volvió cuerdo para morir, porque la cordura es la muerte», entre los lentos molinos de viento que muelen el tiempo de la España inmemorial, Javier y sus títeres, anduvieron los pueblos de La Mancha, siguiendo las huellas de don Quijote. Pueblos donde la gente conversa en

silencio mirando subir el humo de las pipas y continúa conversando al día siguiente la misma charla iniciada el día antes o cien años atrás. Pueblos donde el tiempo se detiene y retrocede. Nadie se asombraría si de pronto vieran pasar a don Quijote y Sancho Panza. Los saludarían, «Vayan con Dios y en buena hora». Y seguirían conversando.

La primera función la dieron en Argamasilla de Alba, en el patio de la casa de Medrano en cuyas cuevas estuvo preso Cervantes. Hizo todo el recorrido en un carromato tirado por una mula. Las ruedas altas del carromato, de tanto trajinar, perdieron la redondez. Sobre el piso del viejo carromato el titiritero armaba el escenario. Clavaba cuatro listones y los cubría con una tela a rayas verdes y grises. Ponía unos banderines de circo, unas flores y una veleta –un gallo de lata, invariablemente– señalando el norte. La mula se llamaba Montañesa. Era joven, mansa y distraída. Vestía como si fuera domingo o el día de su fiesta patronal: un sombrero de paja, falda con largos flecos, tachuelas de colores, cencerros y campanillas que alegraban su andar.

Hacía las representaciones en las plazas, en el atrio de las iglesias, en los patios de las escuelas. Dos o tres funciones por día. En ese viaje, entre «atascaburros» y vino manchego, recogió multitud de historias y se casó con una gitana. María del Rosario se llamaba su nueva esposa. Era bailarina en un salón nocturno. El matrimonio duró apenas una semana. Pero fueron siete días de fiesta, desde un sábado por la tarde hasta la noche del viernes siguiente. El divorcio fue provocado, unos dicen por el Diablo y otros por un collar de campanillas de plata que Javier demoró en obsequiar a la novia. Cuando Javier abrió la maleta y sacó el collar, dijo:

Es tu collar. Collar que vas a usar mientras dure este amor que será eterno. ¡Mierda de collar! [respondió María del Rosario tirándolo contra la pared]. Es collar para cabras y yo no soy una cabra. ¿Y este quién es? [dijo señalando la cabeza del títere que representaba al Diablo, y retrocedió haciendo cruces]. ¿Qué hace aquí el Diablo? Dios me proteja de tus herejías. ¿Y qué hacen aquí estos decapitados, estos cuerpos sin aliento a quienes probablemente

les has bebido la sangre hasta dejarlos sin piernas? Querías degollarme y meterme en la maleta igual que Barba Azul que se casaba para tener un muestrario de cabezas de esposas legítimas que se veían por el ojo de una cerradura colgando de una viga atadas por las trenzas. Ahora comprendo por qué salías todas las noches desnudo y con el pretexto de ir al baño te paseabas por los oscuros corredores con un gato negro entre los brazos. ¡Este hombre es un brujo! [gritaba]. ¡Un brujo! Estoy marcada. No me salvo aunque rece cien años de rodillas ahogada en humo de incienso y bañándome cuatro veces por día en mares de agua bendita. ¡Me voy! ¡Me voy para siempre!

Y se fue. Dejándolo a Javier, en su rocinante de sueños, por los caminos de La Mancha, mirándolo todo con sus ojos color de horizonte.

V. Un hombre de bello vivir

Sabía muchas cosas: que por las despedidas se inventaron los viajes; que el beber no ocupa lugar; que una hoja planeando ya es otoño; que nada es de nadie; que las cerraduras obedecen al ladrón, jamás al cerrajero; que pecado es no pecar, y que todo se puede perder menos la sed. Fue, sin duda, un personaje nacido de su propia pluma; alguien que se eligió a sí mismo desde una innegociable voluntad libertaria. Su propia vida fue su mayor creación artística. Bastaba verlo, inseparable de un vaso de vino, su mirada intensamente azul abierta como una ventana generosa, y esa voz ancha y profunda como un mar en calma hablando, para saber sobre qué sólidos principios asentaba sus días:

Me despierto cantando igual que los gallos, pero a una hora más razonable. Desayuno cuando mis vecinos duermen la siesta. El día se ha hecho para los comerciantes, los atletas, los prestamistas y para que pongan huevos las gallinas. Es muy sencillo. No hay ningún secreto, ni fórmulas mágicas, ni brujerías, ni pactos con el Diablo. Además, gracias a Dios, soy ateo. Hagan lo que yo hago y vivirán más

de cien años. Primero: no privarse de nada; beber vino, y cuanto más se beba, mejor. Es una desconcertante manera de acariciar el hígado. Él, feliz; uno, contento, y el corazón dichoso: tac, tic, tac. Un reloj. Esto sí: desconfiar de la gente que no bebe y mira con odio a las botellas. Son, por lo general, seres mezquinos, con el alma sucia y la mirada neblinosa. No saben reír ni llorar. Y no hay que olvidar: todas las mañanas, en ayunas, comer un diente de ajo con jugo de limón. Huir de la gente triste y no compartir la cama durante mucho tiempo con la misma mujer. No, eso nunca. Envejece. Además de ser aburrido y antihigiénico, perjudica la salud.

La noche y las sábanas eran unas de sus obsesiones. Porque ellas –la noche y las sábanas– ven y sienten cuando se unen abrazados dos cuerpos desnudos y deseosos. «Entonces es cuando una piel roba a otra piel y sale ganando el más viejo. Cambia arrugas por lozanía», decía Javier hecho personaje de sí mismo. Y para que no se lo tildara de arbitrario, fundamentaba sus dichos:

El rey David cumplió más años de los que cuenta la Biblia y prolongó la tercera edad por acostarse todas las noches con una joven distinta. La Sulamita le extendió la vida. Ella gozó con las refinadas sutilezas del anciano Rey y a su vez las puso en práctica para que Salomón, hijo de David, escribiera el más bello poema de amor: «El cantar de los cantares». En cambio vemos, para desdicha de nuestros ojos, parejas inseparables, unidas desde una temprana juventud hasta una prematura vejez provocada por ellos mismos y que algunos eglógicos poetas ponen como ejemplo del más puro y sano amor, cuando está comprobado científicamente que es todo lo contrario. Años y años de convivencia (nariz con nariz, sueño con sueño, olor con olor) y la pareja termina por sonreír con la misma sonrisa, mirar con la misma mirada y andar con el mismo paso. Sufren los mismos males, mueren el mismo día y a veces a la misma hora, y por lo general del mal de san Vito, ese temblaquear, ese bailar sin música. Y si en vez de tener un hijo tienen un

perro, el perro termina por parecerse a ellos y los tres salen a pasear llevados por la misma cadena.

Leía todos los libros que a veces le llegaban en carradas inhumanas, aunque muchas veces dejaba sobrevolar el pájaro de la ironía: «después de leer algunos» –decía–, «me lavo los ojos y las manos. Las palabras han sido demasiado usadas y están sucias». Pero también era reconocido el generoso apoyo que brindó a tantos poetas que se le acercaron en busca de orientación y observaciones. El apoyo que él mismo había recibido de otros grandes poetas, como Jorge Luis Borges, quien hizo publicar su libro de poemas *Atá el hilo y comenzá de nuevo*, Federico García Lorca, quien le vaticinó destino de clásico a su obra de títeres *La calle de los fantasmas*, o Pablo Neruda, quien numerosas veces lo invitó a pasar con él largas temporadas en Isla Negra.

Supo hacer grandes negocios: «cambiar una plegaria por una golondrina, un cuchillo por una lámpara o una pared por una enredadera». Le gustaba caminar bajo la lluvia, cantar con los amigos, tomar mate –o vino– con el diablo de las tres colas. Amaba la noche, porque la noche «inventó el radar de los murciélagos y el rocío que envuelve las uvas». Como Valle Inclán, esperaba ser eterno en sus pecados y niño a la hora de esas grandes preguntas ante las cuales todos somos huérfanos.

Creía en la revolución, y como su amigo Raúl González Tuñón, vivía «hambriento de pan y de justicia y rosas en la tierra». Aún después de la caída del Muro, cuando comenzaron a proliferar como amebas los conversos, Javier seguía vindicándose «comunista». Y fue fiel a esa convicción, aun cuando los peores nubarrones avasallaban el horizonte de la patria, y el crimen se devoraba a algunos de sus mejores amigos. Sin embargo, esa altivez ideológica que mantuvo aun en medio de la peor derrota, jamás dio cobijo a ninguna forma de dogmatismo ni aprobar ningún autoritarismo que se presentare con el engañoso ropaje de «socialismo real». Ningún uniformado –sea cual fuere la pertenencia ideológica de sus entorchados– lo pudo contar en sus filas. Este viejo zorro jamás se dejó atrapar por una gallina. Se reía de los que consideraban a la izquierda como un cementerio de causas perdidas, de los escritores encandilados por sus om-

bligos metafísicos, de los roedores académicos, de los intelectuales pálidamente suaves que recitan sus cumplidos al sistema. A cada vendedor de elixir del desencanto, a cada cadavérico arrepentido condecorado, a cada sepulturero de sueños, cada obsceno cazador de dinero, le contestaba, armado de un vaso de vino en alto:

Sólo es dichoso quien tiene hambre de justicia. El náufrago que ve el rostro de Dios entre las aguas. La mujer dormida en una hoguera. El que lleva el árbol sobre el hombro en busca del mediodía total.

Fue inmune a la peste del dinero y a las regalías fáciles de la mediocridad. Ganó muchos premios literarios: Primer Premio Municipal de Poesía, Primer Premio Nacional de Literatura, Premio de Honor del Fondo Nacional de las Artes, Premio Konex, y varios premios más, nacionales e internacionales. Pero nadie, jamás, pudo verle un solo gesto de soberbia, de auto-complacencia, de plumífera belicosidad. Soñaba en sus sueños con un tiempo de fraternidad, sin marginados ni humillados. Un tiempo donde el gallo de la veleta anunciara el amanecer a los trotamundos.

El 24 de junio de 1989, al cumplir ochenta años, se regaló el siguiente soneto:

*El ojo de la uva engorda el vino
mientras la copa va creciendo en la mano
y las botellas señalan dos caminos:
el del tinto y el del blanco.*

*Yo me voy por el tinto
y no me pierdo, lo vengo transitando
desde que Dios es Dios y el Diablo es Diablo,
y por el blanco, a veces, cuando insiste un amigo.*

*Y aquí me tienen con mis ochenta años,
los riñones alegres activando el meado
quehacer de cada día, el recto no ha desviado*

*su placentero andar, el hígado sonriendo,
la próstata dichosa y el corazón latiendo
en el pulso de un perro enamorado.*

VI. El recuerdo de Roberto Fernández Retamar

Javier Villafañe era el hombre más parecido a una fiesta que nunca encontré. La última vez que lo vi fue en la Feria del Libro de Buenos Aires, en 1993. Fue uno de los que presentaron en ella mi libro *Fervor de la Argentina*. Y Javier dijo en esa ocasión (como solía hacer) cosas tan lindas, tan imaginativas, tan pompas de jabón, tan pájaros dorados, tan títeresueños, que me hubiera encantado ser yo el autor de eso que él estaba presentando, no meramente del libro de verdad. Algún día debo escribir ese libro, el que él presentó. Es una deuda más que tengo con él.

Lo conocí personalmente cuando fue jurado del Premio Casa de las Américas, en 1975. Andaba siempre con su mameluco. Nosotros le llamamos a esa ropa, por influencia yanqui, *overall* (lo pronunciamos, claro, *overol*). Los españoles, con más gracia, le llaman mono. El caso es que Javier andaba siempre con un overol, de algún color. Yo lo llamaba, glosando a Maiakovski, la nube en overol. Y el día en que iban a entregarse los premios, a lo que seguiría una recepción, le sugerí, no sin timidez (y con bastante tontería), que usara una ropa más a tono con la ocasión. Me respondió de inmediato que había entendido y actuaría en consecuencia. De modo que esa noche se presentó con un overol... blanco. Era su ropa de lujo.

Me lo imagino en el cielo, con su overol blanco, inventando el mundo tal como debía ser, para consolarlos del mundo tal como es. Fue un anunciador del porvenir que merecemos. Bauticemos a una estrella radiante con su nombre. Así podremos decir

cada noche: «Ya salió Javier. Bajo su luz se deben estar besando nuevos novios».

VII. El titiritero y la muerte

Salió de su casa con el teatro al hombro. Iba silbando como todos los domingos y en el camino lo atajó la Muerte. Entonces el titiritero sacó del bolsillo un títere casi tan viejo como él. Era el Anunciador. Lo calzó en la mano derecha –su acostumbrado cuerpo, su piel– y con la voz del Anunciador le dijo a la Muerte:

–Respetable señora, le ruego espere unos minutos. Él –y señaló al titiritero– jamás llegó tarde a hacer un espectáculo y quiere justificarse. ¿Comprende?

La Muerte dio un paso atrás.

El viejo titiritero guardó el títere en el bolsillo. Cruzó la calle. En la esquina había un teléfono público. Metió una moneda en la ranura, marcó un número y dijo:

–Habla el titiritero para disculparse. Hoy no puede hacer la función.

Volvió a cruzar la calle con el teatro al hombro. Sabía quién lo estaba esperando en la vereda de enfrente.

Javier Villafañe murió el primer día de abril de 1996.

Era un hombre libre, podía decir con Miguel Hernández: «Este mundo de cadenas me es pequeño y exterior». Sólo creía en una patria: la infancia, y en una bandera: el asombro. «Afortunadamente sigue viviendo conmigo ese ser que tiene la fortuna de asombrarse», me dijo a los ochenta y cinco años este titiritero que conocía su oficio desde la punta del pie hasta los cinco dedos de la mano. Y todavía debe seguir asombrándose, bebiendo vino con los ángeles, conversando, vestido con su *overall*, iluminado por el revés de las estrellas. **C**

IROEL SÁNCHEZ

De Valencia a *Babelia*: ¿Un viaje en primera clase?*

Es 1990: Europa, ebria de victoria ajena, envía las palabras *miseria* y *espanto* a un pasado que ahora sí, como en las consignas y los boleros, no volverá. El 31 de mayo de ese proclamado año cero, en el que, según los que se hacen escuchar, la historia cerrará para siempre sus ciclos, alguien, obviamente equivocado, se atreve a profetizar desde las páginas del único periódico que le permite disidir:

[...] nuevos núcleos de resistencia aparecerán en contra del espantable proyecto de reducir la vida humana a esta grande y asquerosa miseria que nos ofrece el capitalismo incluso en sus formas más «sabias» y tardías. Otro ciclo histórico ha de empezar.¹

Ciertamente, esa miseria del capitalismo de la que Alfonso Sastre hablara de forma tan inoportuna, más que quedar en el pasado, salta con tal fuerza a los ojos que hasta un periódico como *El País* debe ocuparse de ella por su presencia no sólo en Ruanda o en Bolivia sino también en La Cañada, a quince minutos del Paseo de la Castellana en Madrid, donde, según la edición del pasado 29 de octubre, más de cuarenta mil personas sobreviven entre montones de basura primer-

* Leído en las jornadas *Buenos días, utopía. De la posmodernidad a la neohistoria*, organizadas por la Asociación Cultural Alfonso Sastre, San Sebastián, noviembre de 2006.

¹ Alfonso Sastre: *Elogio de la sedición*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2005, p. 158. El artículo que contiene esta idea, «Si Cuba cae», fue publicado originalmente en la edición del 31 de mayo de 1990 del diario vasco *Egin*, que fuera clausurado en 1998 durante el gobierno de José María Aznar.

mundista.² Y aunque no encontremos entre los columnistas de los diarios madrileños igual interés por las dificultades que Cuba ya remonta que por las violaciones de Atenco o el origen de los cadáveres subsaharianos (con que la realidad insistente y terca les recuerda el precio de su silencio), algo se cuele, sin embargo, entre las grietas del combate cuerpo a cuerpo en que los patronos se reparten el derecho a lucrar. El hecho de que uno de los periódicos más influyentes de nuestra lengua se ocupe con amplitud de la miserable condición de tantos habitantes de la capital española, coincidiendo sospechosamente con la designación, en esa misma semana, del candidato del PSOE a la alcaldía de Madrid –entonces y ahora en poder del Partido Popular–, pasará inadvertido para quienes viven analizando la «realidad» iberoamericana.

Escandaloso silencio este que nos obsequian tantos intelectuales devenidos profesionales de la opinión. Seguramente pronto celebrarán como herederos, sin el menor pudor, setenta años de aquel Congreso de Valencia en que las conciencias más lúcidas convocaron a la resistencia que hoy ellos niegan, incluso como posibilidad, para los hijos de España al otro lado del Atlántico. La hegemonía, al fin alcanzada para el «meridiano intelectual de Hispanoamérica», ya no desde el Madrid de 1927, sino desde las industrias culturales españolas de nuestros días, da la razón a Miguel de Unamuno cuando se refirió al pretendido meridiano como más «editorial» que intelectual y precisó que «no se trataba de arte sino de economía».³ «Madrid no nos entiende», resumiría entonces el joven Jorge Luis Borges.⁴

2 Mónica C. Belaza: «Los niños olvidados del vertedero», *El País*, domingo 29 de octubre de 2006, pp. 38-39. El texto, en esta edición dominical, contiene impactantes fotos y es desplegado en doble página.

3 Marcela Croce: *Polémicas intelectuales, en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Simurg, 2006, pp. 10-11 y 48. La polémica desatada por la publicación en España de un texto sin firma titulado «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica», en la edición del 15 de abril de 1927 de la revista *La Gaceta Literaria*, incluyó la aparición en el número 44-45 de la revista bonaerense *Martín Fierro* del fragmento de una carta de Miguel de Unamuno con las valoraciones arriba citadas.

4 *Ibíd.*, p. 80.

Regalando, interesada y fraudulentamente, jugosos premios, creando de manera artificial «grupos», «movimientos» y, sobre todo en el caso de Cuba, también «autores» –algo que, por cierto, comienza a apuntar ya hacia Venezuela–, se ha convertido en mercancía una parte, cuidadosamente seleccionada, del arte y la literatura creados en la América Latina, para de paso balcanizarla,⁵ domesticar algunas de sus voces más célebres y dar a conocer otras capaces de orientar al Continente desde las canónicas publicaciones de la península ibérica.

La editorial barcelonesa Anagrama acaba de protagonizar uno de los capítulos más recientes de esta ya larga historia, al otorgar su premio de novela Herralde 2006 al periodista Alberto Barrera Tyszka, redactor del diario caraqueño *El Nacional* y autor de una «biografía» de Hugo Chávez, en vísperas de las elecciones presidenciales en Venezuela. El premio Anagrama de ensayo del mismo año había sido entregado a Rafael Rojas, colaborador habitual de *El País* sobre el tema Cuba y codirector, en el momento de recibir el premio, de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, financiada con doscientos mil dólares anuales por la National Endowment for Democracy (NED),⁶ junto a otras sumas provenientes de la gubernamental Agencia Española de Cooperación Internacional (sesenta mil euros)⁷ y la Fundación Ford (seiscientos mil dólares).⁸ Coinci-

5 Jorge Fornet: *Los nuevos paradigmas: prólogo narrativo al siglo XXI*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2006, pp. 9-34. El autor analiza el «proceso de balcanización» ocurrido en las últimas décadas en el ámbito literario latinoamericano e intenta responder por qué «fuera de América Latina son estos escritores» refiriéndose a autores como los lanzados al mercado por el mexicano grupo del Crak y la antología chilena *McOndo* «quienes parecen jalonar nuestra literatura». El análisis realizado en el primer capítulo de este libro lleva al ensayista cubano a afirmar que estas tendencias «encarnan la lógica cultural del neoliberalismo latinoamericano».

6 Cf. financiamientos para proyectos latinoamericanos de la NED en <http://www.ned.org/grants/05programs/grants-lac05.html>

7 Cf. <http://www.mae.es/NR/rdonlyres/D7761420-5705-400A-ACA9 ECB564F99E41/0/ListadodeProyectos2003.xls>

8 Cf. http://www.fordfound.org/grants_db_view_grant_detail.cfm?grant_id=36994

dencia curiosa: la NED también subvenciona a la organización opositora venezolana Súmate y ha sido señalada como una pantalla de la CIA, incluso por la propia prensa estadounidense.⁹

Los vínculos de la Fundación Ford con la Agencia de Inteligencia norteamericana están documentados, entre otros, por la investigadora británica Frances Stonor Saunders en su monumental libro sobre la CIA y la guerra fría cultural.¹⁰ Ya en 1967 Jason Epstein, un autor paradójicamente publicado por Anagrama,¹¹ se lamentaba de la existencia

de un tren clandestino privilegiado cuyos vagones de primera clase no siempre estaban ocupados por pasajeros de primera clase: la CIA y la Fundación Ford, entre otras agencias, habían creado y estaban financiando un aparato de intelectuales elegidos por sus posiciones en relación con la Guerra Fría, como alternativa a lo que se podría llamar mercado libre intelectual, en el que la ideología se supone que cuenta menos que el talento y sus logros [...].¹²

Es conocido que la presencia de autores críticos en los catálogos de editoriales hegemónicas cumple un papel legitimador e incluso les permite –como ocurrió con Manuel Vázquez Montalbán y su libro sobre la visita del Papa

a Cuba–¹³ enmascarar encargos que nadie cumpliría mejor que un autor con una trayectoria de izquierdas.

Con la represión macartista de un lado, y del otro el Congreso por la Libertad de la Cultura seduciendo a las izquierdas intelectuales con el dinero de la CIA, habían estrenado los Estados Unidos de la posguerra la exitosa combinación de censura y cooptación. Tal combinación les otorgaría, a la larga, la victoria en la guerra cultural del siglo xx, facilitada por los errores en la conducción de la política cultural soviética. Aunque vale recordar, como ha señalado Carol Brightman,¹⁴ que el verdadero antagonista para los oficiales de Langley estaba un tanto más al oeste, en la revista *Les Temps Modernes* y el Jean-Paul Sartre de la *rive gauche*. Pero una conmoción llegada desde el sur cambiaría las prioridades: la Revolución Cubana sorprendió desprevenido al Congreso por la Libertad de la Cultura.

La posibilidad palpable de la siempre pospuesta emancipación latinoamericana reuniría en torno a Cuba y a sus instituciones, como el ICAIC, Prensa Latina –con fundadores como Jorge Ricardo Massetti, Gabriel García Márquez y Rodolfo Walsh–, y sobre todo la Casa de las Américas, a los más relevantes artistas y escritores. El poder de convocatoria de la Casa logra en la década de los años 60 una verdadera hegemonía cultural, vinculando su propia revista *Casa de las Américas* a una importante red de publicaciones de sur a norte como *Marcha*, *Punto Final*, *La Rosa Blindada* y *Siempre!* Se articula así la difusión de una alternativa de pensamiento opuesta a la dominación norteamericana que aboga por la vinculación de los intelectuales a los procesos liberadores del Continente. El modelo sartreano de intelectual comprometido –*realmente* comprometido– alcanzaba su *imagen y posibilidad* en la América Latina, y atraía desde Cuba la atención del mundo.

Es aquí cuando de nuevo entra en acción la vieja mezcla de cooptación con represión, pero esta vez a sangre y fuego; entre sus víctimas más relevantes están

9 La suerte, o más bien la desgracia, corrida por el crítico Ignacio Echeverría, al atreverse a publicar una valoración negativa de un libro de la editorial Alfaguara en las páginas de *Babelia* –Alfaguara, al igual que *Babelia* y *El País*, pertenece al poderoso grupo mediático PRISA–, muestra los severos límites de la libertad de empresa en la Arcadia literaria que nos quieren vender a los latinoamericanos desde la península ibérica. Cf. John M. Broder: *Political Meddling by Outsiders: Not New for U.S.*, *The New York Times*, 31 de marzo de 1997.

10 Frances Stonor Saunders: *La CIA y la guerra fría cultural*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2003, pp. 193-198 y 201.

11 Jason Epstein: *La industria del libro*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2002.

12 Jason Epstein: «The CIA and the Intellectuals», *The New York Review of Books*, 20 de abril de 1967, citado por Stonor Saunders en *op. cit.* (en n. 10), pp. 569-570.

13 Manuel Vázquez Montalbán: *Y Dios entró en La Habana*, Madrid, El País Aguilar, 1998.

14 Cit. en Frances Stonor Saunders, *op. cit.* (en n. 10), p. 149.

Rodolfo Walsh, Víctor Jara, Francisco Urondo y Haroldo Conti. Otros, con mejor suerte, van al exilio europeo, y para algunos de ellos la lejanía de Cuba y de la Casa de las Américas supone estar cerca de la hija latinoamericana –nacida en París– del Congreso por la Libertad de la Cultura, apadrinada luego por la Fundación Ford: la revista *Mundo Nuevo*. Esta publicación sería encargada de reclutar a los editores franceses y españoles para el lado amable de la conspiración, y de promover entre los escritores de la América Latina aquellos que deberían ser sus «verdaderos» temas y preocupaciones.

Las gestiones del primer director de *Mundo Nuevo*, Emir Rodríguez Monegal, ante el editor Carlos Barral para que este aceptara publicar la novela *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, corresponsal londinense de la revista, son un ejemplo emblemático de esta labor. El manuscrito premiado en 1964 [premio Biblioteca Breve, de Seix Barral], *Vista del amanecer en el trópico*, terminó cambiando y publicándose como *Tres tristes tigres* en 1967, no sólo por la muchas veces aludida censura franquista, sino sobre todo porque el mismo Cabrera Infante consideró el original una obra «un poco sartreana» y un «libro políticamente oportunista». Las reticencias que la transformación del que fuera diplomático cubano en «exiliado» despertaban entonces en el editor catalán fueron deshechas por el director de *Mundo Nuevo*. Según palabras del propio autor, la edición española de la novela se debió «en gran medida» a que Rodríguez Monegal «persuadió» a Carlos Barral para que la publicara.¹⁵

Una notable investigación de la escritora argentina María Eugenia Mudrovcic califica de «historia sinuosa» el modo en que Emir Rodríguez Monegal gestionó la publicación y promoción de autores cubanos en los que *Mundo Nuevo* tenía especial interés. Mudrovcic documenta de manera contundente la relación de *Mundo Nuevo* con la CIA, su papel en el lanzamiento de algunos de los protagonistas del llamado *boom* de la literatura latinoamericana y en la búsqueda de su rup-

tura con la Revolución Cubana, desmintiendo los pretextos que después enarbolaron quienes terminaron abrazando la tan deseada ruptura. La carta de Rodríguez Monegal al peruano Jorge Luis Recavarren, de fecha tan temprana como el 30 de junio de 1967, sobre el futuro otorgamiento del premio Rómulo Gallegos a Mario Vargas Llosa, revela la ruptura con Cuba como un objetivo a alcanzar paciente y calculadamente:

como es casi seguro que le den el premio Rómulo Gallegos a Mario, él va a ir a Venezuela al Congreso de Caracas que se reúne a principios de agosto y al cual yo voy a ir también. Estoy casi seguro [de] que si le dan el premio Rómulo Gallegos y si Mario acepta, los cubanos le van a escribir una de esas famosas cartas abiertas como la que le escribieron a Neruda. Este es mi cálculo y por eso te pido que no provoques ninguna colisión entre Mario y nosotros. En este juego, querido Jorge Luis, no hay más remedio que tener paciencia.¹⁶

Oponer al compromiso social del intelectual el modelo exitoso de un Carlos Fuentes –que se confiesa en el primer número de la revista un contemporáneo de los latinoamericanos «en las mercancías y en las modas»–¹⁷ será otro de los superobjetivos de *Mundo Nuevo*. Para eso ya no hace falta que la CIA intervenga, la aspiración es sobrecumplida con creces en nuestros días, en revistas y suplementos, desde el paradigma del *bestseller* penosamente fabricado por los medios, bastante lejano ya, por cierto, de la calidad literaria del autor de *La muerte de Artemio Cruz*.

Contenido temporalmente por el triunfo de la Revolución Sandinista y el auge insurreccional en Centroamérica, el panorama para el escritor en Iberoamérica se polariza a finales de los años 80. Las alternativas serán intentar inscribirse en el «desencanto» para empujar la puerta al estrellato dentro del *consenso neoliberal*, que alcanza su *definición mejor* en Mario Vargas Llosa, o resignarse a la invisibilidad mediática y la

15 María Eugenia Mudrovcic: «*Mundo Nuevo*». *Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997, pp. 99-105.

16 María Elena Mudrovcic: *Op. cit.* (en n. 15), p. 163.

17 *Ibíd.*, p. 61.

circulación marginal y fragmentaria. Algunas excepciones no hacen más que confirmar la regla. Incluso, la privilegiada situación de un autor como Gabriel García Márquez, no lo exime de los sistemáticos ataques de la implacable maquinaria de los grandes medios por su cercanía a Cuba.

Babelia, suplemento del periódico *El País* y referente del espacio editorial en lengua castellana, ilustra de manera ejemplar cómo la relación entre el estereotipo establecido a través de los medios y el éxito mercantil de los libros se alimenta de las reseñas y entrevistas en las páginas culturales y los suplementos literarios; aquellas serán más numerosas en la medida en que conecten con la orientación del interés que los medios han creado o pretenden crear hacia el tema, el país y el autor en cuestión. Para los editores con acceso a sus páginas, les guiará el «olfato» para ir armando un catálogo que les permita la venta exitosa de sus libros y les aconseje no correr riesgos con autores y textos que no serán bien recibidos por la «crítica».¹⁸ Quizás eso ayude a explicar por qué de La Cañada nunca se ocupará la literatura promovida desde *Babelia*, mientras que las historias ambientadas en Centro Habana son pan caliente en el mercado editorial ibérico.

Por supuesto, los textos de Alfonso Sastre, Stonor Saunders, o María Eugenia Mudrovcic, iluminadores de las claves ocultas del «desencanto» que viaja en primera clase, no reciben la atención de la maquinaria hegemónica que reparte premios y encarga reseñas, bajo los sellos de Planeta, Tusquets, Alfaguara y Anagrama. No es que no pueda existir un desencanto auténtico, ni que, incluso excepcionalmente, este no pueda ser reconocido y premiado sin perder su autenticidad, pero es innegable que se ha promovido con mucho éxito y dinero un «encantamiento» *otro* por el «desencanto» de primera clase que cumple una función ideológica fundamental, sobre todo en la lógica de agresión contra aquellos proyectos que desafían el modelo político y económico dominante. Ironía del lenguaje: en el

viaje que va de aquella Valencia resistente a la *Babelia* mercantil de hoy sólo las vocales conservan su lugar.

La euforia conservadora, a partir de la perestroika gorbachoviana, inundó en los años 90 los espacios de legitimación intelectual, con la creencia en el fin de las utopías y las «horas contadas» para la Revolución Cubana. Ya en pleno siglo XXI, la ceguera autoinfligida de los gurúes de la literatura *made in* España no les permite percatarse del proceso de renovación de las izquierdas latinoamericanas, fundamentalmente a través de los movimientos sociales, y su rearticulación con un universo intelectual que la respalda y que no necesita de aquellos espacios para convocar y difundirse. No importa que sigan, como Fuentes y Vargas Llosa –ambos colaboradores habituales de *El País* y autores estrella del grupo PRISA–, desde los bien financiados periódicos y editoriales de la península ibérica, dando consejos que ya nadie respeta: llegan tarde a una realidad que se les adelantó y no pueden comprender.

Prologar la biografía del magnate de los medios venezolanos Gustavo Cisneros, luego del fracaso del golpe de Estado de abril de 2002, en que este resultó notoriamente implicado, en el caso de Carlos Fuentes,¹⁹ o el papel de iluso cronista de la desastrosa ocupación norteamericana en Iraq desempeñado por Mario Vargas Llosa,²⁰ no ha merecido, en la prensa española, ni el más mínimo cuestionamiento: la legitimidad de ambos autores como analistas políticos parece darse por descontada. Muy a pesar de ellos, y de las toneladas de papel con que intentan convencernos de otra cosa, en los sitios alternativos en Internet, en los estadios convertidos en gigantescas ágoras en Mar del Plata, Porto Alegre, La Paz o Caracas, no se discute cuánto tiempo le queda a la Revolución Cubana, sino cuál es el próximo país donde esta tendrá un aliado, es decir, donde la posibilidad utópica llegue al poder para convertir lo *imposibilitado por las circunstancias en posible mediante la praxis revolucionaria*.

19 «Gustavo Cisneros, el adelantado», *Gustavo Cisneros, un empresario global*, Madrid, Editorial Planeta, 2004.

20 Mario Vargas Llosa: *Diario de Iraq*, Bogotá, Editorial Aguilar, 2003.

18 Cf. Constantino Bértolo: «La muerte del crítico. PRISA contra PRISA», *La Jiribilla* No. 190, http://www.lajiribilla.com/2004/n190_12/190_21.html

Estos dieciséis años transcurridos desde que Alfonso Sastre desafiara la inercia entre las ruinas del muro de Berlín, no han sido las páginas de una novela con final feliz, y quizás sólo estemos en el prólogo de un quemante ensayo escrito a muchas manos. La hipótesis cuestionada en aquel artículo, «Si Cuba cae» –cuyo contenido podría resumirse en algo así como «si Cuba resiste»– no se cumplió: Cuba también anuló el efecto, en apariencia inexorable, de la ley de Newton del capi-

tal. Sin embargo, hablar de utopías y neohistoria supone, además de resistencia política, liberarnos, en *nuestra América* y en sus culturas, de la costra tenaz del coloniaje. Algo que no es –como se nos quiere hacer creer– el resultado de un proceso de decantación y jerarquización en el que las calidades y el mercado se imponen espontáneamente, sino la construcción interesada y manipuladora de un estado de cosas conveniente a la dominación y el engaño de siglos. **C**

LUCÍA CHIRIBOGA (México): de la serie «Identidades desnudas», *Espiritu de la tierra 2*, 1993

